

paz de Dios; y todo se rinde á su dominio: lleva regia corona en su hermosa frente, y en sus manos el cetro del imperio; y viene á descansar en el corazón de sus hijos. Aquella en cuyo seno descansó el Señor; y nos dice que ha sido criada desde el principio, antes de los siglos. Mas ¿por ventura no vino al mundo la incomparable Virgen, al acercarse la plenitud de los tiempos? Por lo mismo, en su predestinación, fué primero que las demás criaturas: esto es muy fácil concebirlo. Dios, al bajar sus miradas y contemplar la creación, veía primero, hablando humanamente, las criaturas que más se alzaban sobre las restantes del profundo valle de la nada; y que brillaban á sus divinos ojos con más hermosa y pura luz: ¿Y quién es entre todas ellas, tan elevada, pura y hermosa, como nuestra Niña? Tenemos que añadir; al contemplar á María la Inmaculada, el Señor no tuvo que extender sus miradas á lo lejos; cerca, muy cerca estaba de su Majestad: hallábase al pie mismo de su trono (1), apenas iba á descender cuando se encuentra esa criatura, hermosa y santa cual ninguna: se detiene, la contempla, y por Ella cria el mundo, y baja Dios á la tierra, y realiza todas las maravillas de su amor (2): y viniendo á nosotros esa Niña, recibe la plenitud de la gracia para Sí misma, y para derramarla en los santos (3).

Ha cambiado el cuadro que venimos contem-

(1) D. Greg., In L. 1, Reg. c. 1.

(2) D. And. Cret. Orat. de Deip. nat.

(3) D. Bonav., Spec. lec. 7.

plando. Ahora es el paraíso del Señor; vedle plantado con el cedro gigantesco, porque María se eleva sobre todos los ángeles del cielo en hermosura y santidad; jamás sujeta á la corrupción: el Espíritu Santo formó de su carne inmaculada el templo vivo de Dios: ese hermoso cedro está plantado allá en el Líbano, revelando su nítida blancura, y las gracias y dones del Señor que la enriquecen (1). Allí se encuentra el altísimo ciprés que simboliza la misericordia de María y la inmensa elevación de su alma santa; y la rosa de Jericó y la oliva de los campos, y el plátano puesto junto á la corriente de las aguas; el cinámomo, el bálsamo y la mirra de celestial fragancia, el terebinto, la vid, las flores, en fin, y los frutos de gloria y riqueza, de esperanza, de vida y virtud: hé allí su belleza y piedad, y su amparo y todas sus grandezas. ¡Oh, paraíso de Dios, cuán bello eres! Pueda yo siempre contemplar tu hermosura, descansar á la sombra de tus árboles y saciarme con tus dulces frutos.

De este paraíso celestial salen los caudalosos ríos de la gracia, que riegan todo el mundo. Oigamos cómo sigue hablando la Purísima Virgen, la cual rebosa en sabiduría, como en agua el Fison y el Tigris en la estación de los nuevos frutos, y que lo inunda todo de inteligencia como el Eufrates, y crece más y más como el Jordán en tiempo de la siega, y derrama la ciencia como la luz, é inunda como el Gehon en la estación de la vendimia. Yo, dícenos María, derramé ríos de

(1) D. Hieron., Serm. de Assump.

agua viva y celestial. «Yo, como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto, salí del paraíso. Y dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y haré de agua los frutales de mi prado; y hé aquí que mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar.»

Como el árbol de envejecidas raíces y cuyo tronco se encuentra amortecido en el polvo, al olor del agua retoña y echa frondosas ramas (1); así respira el alma y vuelve á la esperanza y la vida cuando piensa en María, que viene acercándose á nosotros é inunda el mundo con la gracia del Señor. Más todavía: suspiramos por Ella, como el ciervo por las fuentes de agua, pues que nos abraza la sed de su sagrado amor (2); sed que no se apaga; sí que de continuo va en aumento; María nos ha dicho: «Los que de mí comen, aun tendrán hambre; los que de mí beben, aun tendrán sed.» (3). Ni puede ser de otra manera. Cuanto más la amamos descubrimos nuevos motivos que nos obligan á quererla con mayor cariño; cada vez que tenemos el consuelo de fijar los ojos en su agraciado rostro, lo hallamos bañado con más apacible y hermoso resplandor, más dulces sus miradas y más encantadora é irresistible su sonrisa. ¿Qué diremos de las palabras que entonces nos dirige? Son más dulces que la miel, más suaves que el panal: ellas nos hacen caminar

(1) Job. XIV, 8-9.

(2) Ps. XLI, 2.

(3) Ecci. XXIV, 29.

alegres y esforzados sobre las ásperas sendas del dolor (1); añadamos: las cubren de flores; y si alguna vez llega la tristeza al corazón, tomamos la cítara y cantamos las alabanzas de María, preguntando al alma: Alma mía ¿por qué estás triste y me llenas de negra turbación? (2).

Los que han oído esas palabras, todo lo han abandonado por María, á quien han dicho con los suspiros de abrasado amor: «Llévanos en pos de Ti, Inmaculada Virgen, y correremos al olor de tu fragancia.» (3).

¿Qué diremos, asimismo, de las inspiraciones que María nos manda, de los santos pensamientos con que nos va purificando, de la ternura, en fin, en que inunda el corazón, siempre que lo elevamos á su trono? Volvemos los ojos al mundo, y ya no lo hallamos digno de nuestro amor: su vanidad, sus engaños, sus miserias, nos hacen perderle todo afecto; afecto que entonces se eleva y dilata en las purísimas regiones de un amor que vivifica y da la gloria, el amor incomparable de María.

¿Cómo, pues, la sed que tenemos de su amor pudiera apagarse acá en la tierra, si continuamente su belleza nos descubre nuevos atractivos, y su bondad derrama sin descanso en nuestro seno nuevos tesoros que casi no podemos abarcar? Su pensamiento nos eleva, y al vernos, á pesar de todo, muy lejos de María, pedimos suspirando de

(1) Ps. XVI, 4, Le Blanc.

(2) Ps. XLII, 4, 5.

(3) Cant., I, 3.

amor las alas de gentil paloma para volar hacia Ella y descansar en sus brazos, y rendirnos humildes á sus pies (1): su amor nos consume; y sentimos en el alma como un fuego abrasador, encerrado en nuestros huesos, que nos hace desfallecer no teniendo fuerzas para aguantarlo (2): la abundancia de su dulzura arrebata el corazón, haciendo palpitar de gozo nuestra carne (3).

Sólo en la gloria quedará plenamente satisfecha nuestra sed: y con todo, allí siempre estaremos deseando contemplar su incomparable y celestial belleza: deseo sin trabajo, satisfacción sin fastidio (4). Entretanto tenemos un consuelo; óyese una palabra que descende de lo alto: «Los que moráis por la parte del Mediodía, salid al encuentro, llevad agua al sediento.» (5). Y la Iglesia, á quien esa palabra se dirige (6), se nos presenta en el camino que atravesamos con el agua saludable de la devoción á María, que es para el alma que la bebe una fuente que salta hasta la vida eterna.

§ II.

Los ángeles del cielo contemplan y alaban sin descanso á su gloriosa Reina; los de la tierra, los

(1) Ps. LIV, 7.

(2) Hierem., XX, 9.

(3) D. Bonav. l.^os. CXVIII.

(4) Id., in Brevil., p. V, c. 6.

(5) Isai., XXI, 14.

(6) D. Bonav., Serm., II, Dom. 6, post Pent.

apóstoles, los padres de la Iglesia y los santos, también la alaban y bendicen; el Espíritu Santo ha dirigido sus plumas, y la Iglesia ha escuchado sus acentos con arrobador encanto; los repite en sus hermosos himnos, produciendo una armonía divina y muy digna de la majestad y grandeza de María. ¿Por qué, pues, no contemplar los bellos cuadros que nos trazaron aquellos hombres inspirados, y dar otra vez más expansión al amor y ternura que profesamos á nuestra querida Niña, María la Inmaculada?

Con este objeto levantamos los ojos y la vemos aparecer en la bóveda del cielo, vestida del sol, con la luna á sus pies, y sobre su hermosa frente una corona de doce estrellas (1). ¿No es, por ventura, Dios aquel de quien está escrito: Te has revestido de gloria y majestad; cubierto estás de luz como de un ropaje? (2). Ciertamente así es; y no sólo esto: Dios es la luz y en Él no hay tinieblas (3); mas el Señor descende al seno de María y habita en Ella; la Purísima Niña ha penetrado el profundo abismo de la divina sabiduría más allá del término á que alcanza la inteligencia de los hombres y de los ángeles; y hase sumergido en esa luz inaccesible, cuanto es dado á una criatura sin la unión personal; esa luz la envuelve y la penetra encerrándola en sí misma; ese vestido deslumbrante que la cubre, nos la presenta en todo su sér, llena de hermosura y santidad; de tal manera,

(1) Apoc., XII, 1.

(2) Ps. CIII, 1, 2.

(3) I Joann., I, 5.

que no puede hallarse la más ligera sombra en la que es fuente de luz, de gracia, de belleza y de una santidad casi infinita (1).

Si nos detenemos contemplando á la Purísima Virgen de nuestros amores, parécenos oír estas palabras de sus labios: «Yo me alegro con sumo gozo en el Señor, y el alma mía se llena de placer en mi Dios, pues Él me ha revestido de un ropaje de salud y me ha cubierto con el manto de la justicia, como á una esposa adornada con guirnalda y ataviada con sus joyas (2). Entre tanto, en el fondo del alma escuchamos también lo que está escrito en Job: «Levanta los ojos al cielo y mira y contempla la región etérea, cuánto más elevada está que tú» (3). ¡Qué elevación tan sublime es la elevación de María! ¿Podrá, por ventura, ser hija de Adán? Sí; pero no de aquel Adán terreno, cuya imagen jamás llevó; lo es del celestial, de quien es, asimismo, la Madre Inmaculada. Se puede apenas concebir que es nuestra hermana y descendió del mismo padre que nosotros. ¡Tan grande es su pureza, tan bello y santo el principio de su sér! Mas ¿qué sería del mundo si no le perteneciera, por derecho de sangre, la Purísima Virgen? Los hombres que han vivido largo tiempo en las tinieblas de profunda noche, no pueden contemplar de hito en hito la luz pura y radiante de los cielos (4); bajemos, pues, los

(1) D. Bern., Serm., I, ex verb. Apoc.

(2) Isa., LXI, 10.

(3) XXXV, 5.

(4) D. Bern., Serm., II, in Cant.

ojos á la tierra; mas ¿qué tierra es la que se extiende ante nosotros? Una tierra virgen, de la cual fué formado Jesucristo (1); tierra que dará un fruto sublime y que se halla llena de la gloria del Señor (2); embalsamada con el perfume de las flores y llena de las bendiciones de Dios (3). En Ella se ha levantado el santuario del Dios vivo, santuario del que nos dice el Apóstol que es más grande y más excelente que el antiguo tabernáculo, el cual no fué hecho de mano de hombre, y no es de esta creación (4). Ese santuario, eternamente digno de alabanza, es también María, Madre de Dios y siempre Virgen, en quien se ha hecho pontífice el Rey de la gloria, y cuya divina Encarnacion ha consagrado y sellado el seno de la Augusta Madre con el inviolable sello de la Trinidad (5). Sí, después de Jesús, es María la parte principal de ese santuario, donde se halla el maná de los cielos, que simboliza su misericordia; las tablas de la ley, que nos muestran su excelsa dignidad, y la vara de Aarón sus grandes y purísimas virtudes (6).

Ese santuario, cuya gloria venimos admirando, es el tesoro de los cielos, la riqueza de Dios mismo, la perfección de la santidad; por esto jamás

(1) Act. mart., D. And.

(2) Isa., IV. (2)-VI, 3.

(3) Gen., XXVII, 27, D. Bonav. in Cant. Benedicite, B. V. M.

(4) Heb., IX, II.

(5) Clem. Alex. Adv. Samosat, 5, 7, D. Hieron., Serm. de Asump.

(6) D. Bonav. in Luc., I, 28.

entró en él la serpiente del paraíso, ni pudo mancharlo con su venenoso aliento; porque había sido criada la Purísima Virgen para digna é Inmaculada Madre del inmaculado y digno Jesús (1). Y siendo esto así ¿cómo pudiera sufrir la justicia de Dios que el vaso precioso de la gracia fuese manchado con la ignominia del crimen común á todos los mortales, cuando María apenas era nuestra hermana por la naturaleza, mas nunca por la culpa? (2). Fué formada de barro purísimo (3), sin crimen, sin mancha, sin defecto (4); íntegra y libre de todo pecado. Esta inviolable integridad da la razón por qué el Señor, queriendo redimir el mundo, comienza su obra divina por María, primogénita de la gracia y manantial indeficiente de la salud y la vida de los hombres (5); y por esto el Espíritu Santo desciende en todo tiempo sobre Ella, adornándola y enriqueciéndola de sus más preciosos dones.

Lo dicho hasta aquí nos va manifestando cuán superior es á todo el ejército de los ángeles, la Santísima Niña; la oveja inmaculada que vino al mundo para dar á luz al Cordero de Dios (6); y cuánta razón tenía San Agustín (7), para no dejar que siquiera se hablase de aquella excelsa Reina,

(1) Orígenes, Hom., 1, in divers.

(2) D. Cyp. Ser. de Nat. Dni.

(3) D. Procl. Orat., 6, in Deip.

(4) D. Anfil. Orat., 4, in Deip.

(5) D. Amb. in Luc., c. II.

(6) D. Epiph. De laud. Virg.

(7) De nat. et. grat., c. 36.

cuando se hablaba del pecado; porque sabemos que el Señor la colmó de gracias para vencerlo enteramente. Ciertos es que si los santos que hasta aquí han vivido fueran preguntados, si no tenían pecado, contestarían humildes: Si dijésemos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos; y no hay verdad en nosotros; más la Purísima Virgen puede decir glorificando á Dios: El Señor no permitió que su esclava fuese manchada (1). Ni, ¿cómo haberlo sido la inmaculada y pura, la incorruptible y santa, extrañísima á toda impureza y mancha de pecado, la Esposa de Dios y Señora del mundo (2); la Madre de la luz increada? Que los demás hombres vengan al mundo en las tinieblas del pecado; pero, ¿cómo fuera dable que así también viniese la luz de los mortales? ¿Ó cómo el Señor que la crió para su santuario, el lugar de sus delicias, pudiera permitir que, antes de llenarlo con los resplandores de su gracia, hubiera sido profanado por su enemigo que, podía gloriarse entonces de su terrible y funestísima victoria? (3) ¿Por ventura ese santuario del Señor, no debía resplandecer con la más hermosa y perfecta santificación, ó el Eterno dejaría de glorificar la casa de su majestad? (4).

Los hijos de María, al contemplarla como el más augusto templo del Dios vivo, no podemos menos que exclamar con el Profeta: Entraremos

(1) Judith., XIV, 20.

(2) S. Efren. Orat. de Sta. D. G.

(3) D. Cyril. oper., c. 15-in Conc. Ephes., n. 6.

(4) Ps. XCII, 5; Isa., LX, 7.

en la casa del Señor: adoraremos en su sagrado templo, rindiendo alabanzas á su nombre, por la misericordia y verdad con que ha engrandecido sobre todas las cosas su nombre santo (1). ¿Y qué descubrimos en esa mansión deliciosa, si no santidad, pureza y virtud? Llenos de respeto, de admiración y de santo regocijo, añadimos: Verdaderamente el Señor habita en este lugar, lugar de espanto é inaccesible á los demonios: él es la casa de Dios, la puerta del cielo. Y, como un antiguo patriarca, derramamos el bálsamo de nuestro amor en ese lugar santo, y juramos que el Señor será el Dios de nuestro corazón y que seremos también los hijos de María (2).

Hemos dicho que consagramos el bálsamo del amor á nuestra dulce Madre; ¿más acaso no podremos contestar, si se nos pregunta cuánto es éste, lo que una viuda dijo á Eliseo: «No tenemos sino un poco de óleo?» (3). Muy poco es, efectivamente, el amor que profesamos á María; y para convencernos, basta dar una ojeada á nuestro corazón. ¿Hemos seguido sus caminos, escuchamos siempre sus palabras, velando de continuo á las puertas de su casa, y estamos en guardia sin descanso á sus umbrales? (4). Dichosos de nosotros; fuera entonces el solo pensamiento del alma, el servicio de María; mas puede ser que este pensamiento nos venga á visitar únicamente, cuando

(1) Ps. v, 8; CXXXVII, 2.

(2) Gen., XXVIII, 16-21.

(3) IV, reg. IV, 2.

Prov., VIII, 32-34.

la adversidad nos humilla, ó el dolor hunde su dardo en nuestro seno; cuando el mundo nos deja abandonados y nos es indispensable buscar algún asilo; ó, en fin, la eternidad que al acercarse nos llena de confusión y sobresalto. Sin embargo, tenemos firmísima confianza que más bien que el Profeta, hará María que el bálsamo de nuestro amor aumente y llene el alma de sus hijos, y nos sirva para poder cubrir las deudas que con Dios tenemos, y ser después felices para siempre.

Los resplandores de la casa del Señor nos dejaron deslumbrados, las emociones que sentimos al penetrar en ese gloriosísimo recinto hicieron que saliésemos de nosotros mismos: como Pedro en el Tabor, no sabíamos lo que nos pasaba, ni qué decíamos.

¿Qué santidad no tendremos que admirar en la hermosa Niña, viendo que no solamente será el santuario donde viva el Señor; mas también, en el cual se haga hombre uniéndose á nosotros con estrechísimo é indisoluble vínculo? Esto exige que la pureza de María sea tan grande y elevada, que no podamos concebir otra mayor después de la de Dios (1). Y por ventura, ¿será un obstáculo á la sublime santidad de Nuestra Madre, que Ella descienda del padre común de los mortales? No lo es en manera alguna. ¿Acaso no vemos que Dios envuelve el fruto del castaño en espinosa cubierta, y sin embargo lo conserva libre de todas sus puntadas? ¿Y no haría que la escogida para ser su Madre, aunque concebida bajo las espinas de los

(1) D. Ansel. De Concep. virg., c. 18.

pecadores, quedará libre de la culpa? (1). ¿Y no exigía esto mismo, el término glorioso, la feliz consumación de todos los bienes que el universo había de recibir por manos de la Inmaculada Virgen? (2).

La feliz criatura que Dios eligió para ser su Madre debió elevarse sobre todas las restantes; sin duda alguna sería formada cual correspondiera á su gran destino, y con tal pureza que descansase en Ella la complacencia del Señor; por esto es Virgen, y Virgen sin mancilla, la que llevará en su seno al Dios que venía para lavar las manchas del pecado (3); y por esto, Dios también duerme amoroso y apacible sueño entre sus brazos; y si despierta le manda tiernísima sonrisa, y se abraza de su cuello virginal y la inunda en torrentes de dulzura. ¡Oh! Ese Niño que tiene sus delicias en María, no hallará ningún defecto en Ella; porque Él mismo la formó toda hermosa y sin pecado; la crió para su Madre y tener en su seno inmaculado el santuario más puro de su amor. Madre elegida y conocida desde la eternidad; á la que guardan los ángeles, figuran los padres y anuncian los profetas (4), y los libros santos llaman Mujer fuerte de quien pende la salud del hombre, la reparación de la inocencia y la victoria sobre el infierno; por esto Ella vale un tesoro que no hallamos en el mundo; también por

(1) D. Ansel. De Concep. B. V., c. 4.

(2) Idem cit. á Bernard. Bustos. Sermon. IV.

(3) D. Bern., Hom. II, sup. Missus.

(4) Idem.

esto sale de lo más elevado del cielo y viene á nosotros trayendo los bienes de Dios (1). Desde luego nos da la salud y la vida, porque es el arca de madera incorruptible que recibe y encierra á los hombres, donde no entran las aguas del diluvio; más la elevan y acercan al cielo. En efecto, cuanto más espantosa y profunda se descubre la corrupción que nos causó el crimen primitivo, otro tanto conocemos la elevación incomparable de María, y como no era conveniente que hubiese descendido á las regiones de la muerte y el pecado la que se hallaba destinada para morar siempre en el seno de la luz increada, por esto el Espíritu Santo la eligió desde la eternidad y la preservó del pecado llenándola de gracia en el instante primero de su existencia (2); y, desde ese mismo instante ciñó su frente con riquísima diadema, en la que brillan doce estrellas que nos descubren sus grandes privilegios; hé aquí el primero: Su noble origen: hija de cien reyes, de la sangre de Abraham, de la ilustre familia de David; parécenos ciertamente pequeña esta grandeza; pero añadamos: á la generación de María se concedió por gracia la santidad que de antemano le estaba prometida; porque sería esa Niña la vara que florece sin raíz, el vellocino de Gedeón empapado en medio de la era que no tenía rocío, y la puerta oriental que nunca estuvo abierta (3). Niña pequeña, pero terrible al averno desde que

(1) D. Bern., Hom. II, sup. Missus.

(2) Idem, Sermon. de B. M. V.

(3) D. Bern., De verb. Apoc. Sermon. I.

empezó á existir. ¿Por ventura no temblaron los demonios cuando vieron que venía en su contra vestida de una manera nueva y singular, con la más fuerte armadura de Dios, esforzada y doctísima en la guerra? En rededor suyo descúbrense los ejércitos valientes de sus virtudes, que mutuamente se defienden, y la milicia de innumerables espíritus de Dios que la amparan y guardan la entrada del purísimo lecho de Salomón, y no permiten que alguno se aproxime al inviolable hospicio que Dios destinaba para su descanso (1).

¡Cuán feliz, por lo mismo, es la hermosa Niña á quien Dios con tan singular cariño preserva del pecado! Feliz, porque en Ella se mudó la maldición de la primer mujer. Bendita entre todas las mujeres, y no maldita; la única libre de la maldición de todas (2); prevenida por Dios mismo con especialísima santificación, esto es, preservativa (3).

Sí, María es la única bendita entre todas las mujeres, y por esto cuando contemplamos la extensión del pecado original, no podemos menos de exclamar: ¡Ah! Entre mil, sólo hay un hombre libre de pecado: Jesucristo. Mas no se halla entre todas las mujeres quien esté libre de todo. pecado, venial ú original, sino solamente la Virgen purísima y dignísima de toda alabanza (4),

(1) D. Bern., De verb. Apoc. Serm. I.

(2) Id. Serm. IV, in vig. Nat. Dni.

(3) Bonav., Serm. II. De B. S. V. M.

(4) D. Th. Exp. Ep. ad. Gal., c. 3, l. 6. Remigio Florentino, en 1590, suprimió, del pasaje del Dr. Angélico, que he-

cuya santidad jamás fué empañada con el pecado ni original, ni venial, ni mortal (1).

Cuando hemos contemplado las glorias y riquezas que el Señor derramó en el seno de la purísima Niña, en el instante primero de su concepción, y recordamos las palabras que un día salieron de sus labios: «El Señor vió la humildad de su esclava», quedamos enternecidos y abismados en admiración profunda: el corazón no puede contenerse, y exclama: «¡Qué grande eres, oh Reina incomparable, y digna de toda alabanza en el cielo y en el mundo! Subiste al horizonte de la vida al son melodioso de las arpas de los ángeles; rodeada de arcángeles; coronada de rosas y de lirios; marchando á tu derecha los principados y las potestades, y á tu izquierda las virtudes y dominaciones: los querubines, los tronos y los serafines, formando carroza y te llevan en sus blancas alas. ¿Quién hay semejante á Ti, Señora mía, á Ti que excedes en gracia á todas las criaturas? Como los cielos se elevan sobre la tierra, así Tú te has elevado sobre todos. Eres la más hermosa entre las hijas de Sión: y tu memoria es fuente inagotable de dulzura. Los ángeles te llamaron dichosísima y los hombres te bendicen sin cesar: si destilas una gota de amor en nuestras almas, nos llenas de consuelo; si derramas tu caridad sobre nos-

mos citado, el período decisivo en favor de la Inmaculada Concepción; pero se encuentra íntegro en las ediciones de las obras de Santo Tomás, de 1529, 1532 y 1541 de París, y en la de 1555 de Venecia.

(1) D. Tn. Exp. Salut. angelic.

otros, nos haces muy felices: los rayos de tu gloria nos alumbran, y nos da la vida tu clemencia (1). ¿Por qué mi corazón no te ha de amar sobre todo el amor del universo? ¡Oh, Señora! Por Ti suspira el alma mía, tiemblan mis entrañas, mis ojos desfallecen, me siento herido, herido y traspasado con ardiente y amoroso dardo; caigo á tus pies y los abrazo, y los riego con mi llanto; mas no es mi llanto de amargura y duelo; lloro de amor, y mi pecho palpita de alegría: contemplo tu belleza, tus gracias, tus encantos; la santidad con que brilla el momento primero de tu existencia; el agrado con que entonces Dios te contempló diciendo: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres!» En Ti no hay mancha alguna. Y en este inmenso gozo que inunda el corazón, yo me rindo á tus sagradas plantas, cual un hijo á quien su madre nunca olvida; más le protege, y también le da lugar en su tierno corazón. Por esto es mi gozo sin medida, mi amada Madre, porque me amáis y me tenéis por hijo. Que este hijo os ame también con todo el corazón, y muera á la violencia del amor que os tiene.

(1) D. Bonav, in Psalt.

CAPÍTULO III.

LA MARGARITA PRECIOSA DEL UNIVERSO.



¿Qué alegría puede tener quien vive en las tinieblas sin ver la luz del cielo? (1). Tal era el grito del dolor que arrojaban los que vivieron antes de Jesús; por esto suspiraron deseando su venida: pedían que el Señor rompiera el firmamento y descendiese; que las nubes destilaran el celestial rocío; que la tierra bendita produjese al Salvador (2). Viviendo en medio de la luz, nosotros tal vez no comprendemos la tristeza que devoraba el corazón de los antiguos justos al verse sin Jesús; como también no es fácil que midamos su consuelo al pensar en su divina Encarnación, y los vivísimos deseos por que el tiempo volara, dejando atrás en su carrera los años y los siglos que lo habían de preceder.

Cuando se acerca la época deseada, antes que el sol de la justicia aparezca sobre el mundo, se deja ver la aurora, derramando su serena luz, y haciendo huir al Occidente las sombras de la noche: aurora hermosa y brillante, á cuyo primer destello la ligera brisa derrama la fragancia de las flores, y sonrío de amor el mundo entero (3).

(1) Job, v, 12.

(2) Isa., XLV, 8; LXIV, 1.

(3) D. Ber., Serm. IV, in Salv.